



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XXXV I

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NÚMERO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración

REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

LUNES 18 DE JULIO DE 1888

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette rue Caumartin 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

LA UNION

EL FÉNIX ESPAÑOL
COMPañIA DE SEGUROS REUNIDOS



AGENCIAS EN TODAS LAS PROVINCIAS DE ESPAÑA, FRANCIA Y PORTUGAL,
31 AÑOS DE EXISTENCIA
SEGUROS contra INCENDIOS. SEGUROS sobre LA VIDA
Subdirección en Cartagena: VIUDA DE SORO Y COMPañIA, Caballos 15.

LA PREPARATORIA MILITAR

JARA, 1, PRINCIPAL

á cargo de los capitanes de Ingenieros y de Artillería
DON SALVADOR NAVARRO Y DON FULGENCIO QUETCUTI

Preparación para todas las carreras del Ejército y Armada
Esta Academia ha ingresado desde su fundación ó sea en 2 años, los alumnos siguientes:

Infantería	Artillería	Ingenieros
D. Joaquín García.	D. Genaro Pérez Conesa.	D. Enrique Rolandi
» José Chacón.	» Francisco Barceló.	
» José Gimeno.	» Juan Izquierdo.	
» José Córdoba López.		
Infantería de Marina		
-D. Carlos Coll.		

Clases especiales para la convocatoria de Noviembre.
Detalles y reglamentos de 8 á 12 en la Academia.

¿DE QUÉ?

En el círculo estrecho que, por virtud de la suspensión de garantías, nos deja libre el lápiz rojo del fiscal, volvemos la vista á todas partes y todo se nos ofrece envuelto en sombras.

¿Será permitido ocuparnos de los asuntos de la guerra?

Un telegrama de nuestra agencia nos informa negativamente acerca de este extremo.

¿Nos será lícito ocuparnos de la paz?

Sin duda no está prohibido pedirle y abogar por ella. Pero ¿quién se atreve á ejercer el derecho de crítica sobre las condiciones de esa paz no alterada por nosotros, en cuyo altar sacrificamos los españoles tantos resentimientos?

¿Hablabamos del ejército, de esa heroica corporación que lucha contra los hombres y los elementos en Filipinas y en Cuba?

Para alabar su resistencia y su heroísmo, nunca puesto en duda, no hay inconveniente; pero comentar, por lo que la información nos di-

ce, lo que piensa el elemento armado respecto á las dos soluciones que se ofrecen en el conflicto hispano-yanki—la continuación de la guerra ó la paz—eso ofrece el peligro de tener que sacar el periódico con ilustraciones en blanco.

¿De la marina? ¿Hablabamos de marina? Menos que de todo; sus desgracias en esta campaña han dejado en los cerebros de los que no entienden de cosas de mar preocupaciones injustas, y pudieran creerse que intentamos agitar la opinión provocando discusiones que ya vendrán á su debido tiempo.

Y, sin embargo, no hay otros asuntos en que ocupar el pensamiento y la pluma; que el conflicto en que nos hallamos. Y si los hay el pensamiento no se fija en ellos y la pluma se resiste á escribir de otra cosa que no sea eso, sobre lo cual hay que pasar con balancín para guardar el equilibrio y evitar una caída.

Del movimiento de buques no se puede hablar: lo vedan de consuno las órdenes de la superioridad y el patriotismo.

Tampoco es permitido hablar de los movimientos de las tropas que van á cubrir los puntos extralógicos, porque ocuparse de su efectivo, del itinerario que siguen y del punto á que van destinadas es informar al enemigo de lo que debe ignorar. Por desgracia ha estado muy bien informado durante la campaña, para que le bagan ahora el juego los españoles publicando noticias que les informen á los yanquis de cuanto les interesa saber.

¿De qué hablamos?

El campo de las noticias estaba ya segado; pero lo ha sometido el gobierno á un espiguelo tan cuidadoso que no se encuentra una espiga en ningún surco.

GLORIAS NACIONALES

Sitio y rendición de Landrecies.
18 de Julio de 1647.

Noticioso el archiduque Leopoldo, gobernador general de Flandes, de que la importante plaza de Landrecies se hallaba guarnecida por 500 hombres solamente, entró en deseos de apoderarse de ella, á cuyo fin hizo adelantar del grueso de sus tropas á 1500 ginetes, al mando del teniente general D. Francisco Pardo quienes efectuaron algunos movimientos sobre Arras para desorientar al enemigo y evitar que socorriese á la plaza; y conseguido esto, á marchas forzadas llegaron ante sus muros, produciendo gran sorpresa y temor entre los franceses.

Pocos días después, el 28 de Junio de 1647, llegó el archiduque á las cercanías de Landrecies, en vistoso orden de batalla y con gran pompa y aparato.

Establecidos los cuarteles, el gobernador general dedicóse á reconocer las fortificaciones de la plaza y á poner en comunicación ambas orillas del Sambre emprendiendo después las obras de sitio.

Cuando las tropas del archiduque estaban para terminar el círculo de trincheras en que pretendían encerrar á Landrecies, se aproximaron á una legua del campamento español los mariscales franceses Ranzau y Gassión, avanzando después con sus tropas hacia él, cual si sus propósitos fueran empeñar batalla: otros eran los que abrigaban—trataban de cubrir la entrada de un socorro de 1600 hombres,—y conocidos por el archiduque Leopoldo, ordenó que la caballería del príncipe de Ligne y del duque de Lorena marchara sobre los que pretendían entrar en la plaza y oyendo sobre ellos conenviable arrojo y valentía, los destrozaron casi por completo, muriendo acuchillados los más.

Este descalabro obligó á los franceses á retirarse á Chatillon, y más tarde á Guisa; pudiendo por esto dedicar los del archiduque todas sus energías y elementos á batir la plaza, presiguieron con gran actividad las obras.

El 8 de Julio hicieron los sitiados una enérgica salida, en la que llegaron á asaltar las trincheras contrarias; más

rechazados y perseguidos hasta sus mismas fortificaciones por los españoles, no osaron en lo sucesivo hacer nuevas salidas, tan grande fué el castigo que recibieron.

Entonces los sitiadores avanzaron hacia la plaza, posesionándose de la estacada del camino cubierto el día 12: hecho que les permitió desembarcar en el foso y prepararse bien para dar el asalto.

Cuando los españoles comenzaron á poner hornillos de mina para abrir la brecha, el gobernador de la plaza pidió capitulación, concediéndosela el archiduque honrosa por demás el día 18 de Julio de 1647.

MAESE RODRIGO.

(Prohibida la reproducción).

Crónica Internacional

(De nuestro servicio especial)

Por la procedencia de los telegramas que dan la noticia y por la forma en que se ocupan del asunto importantes periódicos, parece hecho desocontento que los norte-americanos pretenden, con la desfachatez en ellos peculiar, hacer al puerto de Tánger base de sus futuras operaciones contra nuestra Península.

Por si no mereciera gran crédito cuanto dicen las agencias y los corresponsales acerca de tan importante asunto, la actividad que en la adquisición de carbón despliega el representante de los Estados Unidos en Tánger, viene, juntamente con las disposiciones tomadas por nuestro gobierno, á dar como cosa hecha la resolución del gobierno yanki de servirse de la plaza africana para aprovisionar sus buques y para hacerla estación de comunicaciones, por lo que ya tenemos en puerta otra de las muchas causas, lógicas en la guerra hispano-americana, que pueden crear graves complicaciones á Europa.

Hallándose Marruecos bajo la salva guardia de todas las potencias europeas, á fin de que ninguna de ellas llevara á él empresas de conquistas que forzosamente habian de crear conflictos internacionales, y sin elementos su emperador para conservar la neutralidad del territorio, á Europa corresponde, en cumplimiento también de una de las

BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA 1065

CARLOS II EL HECHIZADO

1064

BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA 1061

—¡Oh! ¿pues qué hay?

—Una pequeñez: mañana partimos para Cataluña.

El joven se puso pálido como un cadáver.

—¡Mañana! ¡Oh! ¡pobre hermana mía! murmuró sordamente.

Martin conoció que no podía faltar á su deber; era capitán, y aunque así no fuera, debía cumplir sus peonías y juramentos.

—S. M., continuó León Bravo, nos espera con ansiedad, no ha querido darnos instrucciones hasta que estemos los tres reunidos.

—¿Y cuándo hemos de partir? preguntó el joven.

—Ahora mismo, replicaron sus compañeros.

En aquel instante Ana se presentó en la estancia. Había presenciado aquel suceso, y dejando en su lecho á su hijo dormido, llegó en ocasión de oír el diálogo de los tres jóvenes.

Arrojóse al cuello de su hermano con la ansiedad del dolor.

—¡Qué es lo que acabo de oír! dijo con voz ahogada; ¡Dios mío! ¿Es cierto que estos caballeros vienen por tí?

Martin estrechó á su hermana contra su corazón y contestó:

—Sí, debo partir en este instante.

El oído perspicaz de Martin distinguió las sonoras pisadas de algunos caballos y corrió á informarse.

La sorpresa del joven fué extraordinaria cuando al abrir la puerta conoció á sus nobles amigos y compañeros los capitanes León Bravo y el conde de Santisteban.

Martin no comprendió esta visita sino como una de esas novedades extraordinarias que nos arrebatan la calma y la tranquilidad para lanzarnos de nuevo á las agitadas vicisitudes de la existencia.

—¡Diablo! exclamó el conde de Santisteban con su natural jovialidad, estrechando la mano de su amigo; cualquiera diría que os habiais sepultado en un desierto, como San Antonio Abad. Pero ya os hemos encontrado, y á buen seguro que no os separareis más del lado de vuestros amigos.

Martin se sonrió dulcemente, invitando á los dos caballeros á que entrasen en la casa.

—Imposible, contestó el grave León Bravo.

—¿Por qué?

—Porque debemos regresar á Madrid al momento.

—Entonces, preguntó Martin, no comprendo vuestra visita.

—Es muy clara, replicó Santisteban. Venimos por vos de parte del rey.

Alvarado se estremeció.

tela en cuyo seno estaba escondido el fatal anillo que acarreará la muerte á la desdichada mariscalda de Clerambaut.

—¿Y bien, preguntó Ana con curiosidad, que es lo que quieres que yo haga?

—Que me permitais rodearlo al cuello de tu hijo como un signo seguro de reconocimiento.

Ana no pudo dejar de estremecerse.

—¿Pues qué temes por mi hijo! exclamó agustada.

—Nada, Ana mía, nada; es un deseo y una seguridad al mismo tiempo. Figúrate que muriésemos, y esa señal podría ser un distintivo para que su desconocido padre pudiera encontrarlo.

—Es verdad, es verdad. Más para eso era necesario que nosotros supiéramos qué clase de talismanos, para dejarlo señalado, como un testimonio irrecusable en caso de una desgracia.

—Dices bien.

—Entonces, ¿qué es lo que contiene esa bolsita?

—Un anillo de oro con una flor de lis de brillantes.

Ana no pretendió saber más y rodeó el cuello de su hijo con el cordón de seda que estaba sujeto á la bolsita de raso.

Cumplida de este modo la última voluntad de Diana, Martin solo pensó en lo sucesivo en cuidar